

SERMON XVI.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. M. FR. JOSEF TOMAS RAMIREZ, DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO, DE LA PROVINCIA DE PARAGUAY, LECTOR JUBILADO,

Via ejus via pulchra et omnes semite ejus pacificae.

Prov. c. 4. v. 17.

Todos sus caminos fueron hermosos, y sus sendas pacíficas.

No estrañéis, señores, esta lúgubre y piadosa ceremonia: la profunda consternacion, la tristeza que se manifiesta en nuestros rostros, ni las lágrimas que saltan á los ojos á pesar de la moderacion que las contiene. ¿Hay necesidad de que yo justifique la causa que las ha merecido despues de la pérdida irreparable de un hermano, de un padre, de un amigo, de un bienhechor, de un hombre amado de Dios y de los hombres? ¡Ah! El dolor sofoca su nombre respetable entre los labios; pero es forzoso nombrarle para honrar su memoria, y excitar vuestra piedad á tomar interés en nuestro duelo. Murió, sí, murió N. M. R. P. Fray Josef Tomás Ramirez, Lector Jubilado en mi Religion Seráfica, Ex-Difnidor, Ministro Provincial, Padre mas digno de esta santa Provincia de la Asuncion del Paraguay, su Visitador General en dos ocasiones, y Presidente de Capítulo con plenitud de potestad; y

si me es permitido añadir, el alma, el apoyo, una de las mas firmes columnas sobre que afianzaba su firmeza la gran fábrica del edificio Franciscano en los departamentos de Tucuman, Córdoba, Paraguay y Rio de la Plata. ¿Y no será racional nuestro dolor? ¿No sellaria nuestro corazon el ignominioso cuño de la ingratitud y de la injusticia, si con sus cenizas sepultáramos su memoria?

Seanos licito tributar las efusiones de nuestro corazon, y este último respeto á la memoria de un Religioso perfecto, y de un Prelado cabal. El Eclesiástico nos exhorta á llorar y honrar á los difuntos á medida de su mérito, y de ello nos han dado exemplo los Ambrosios, los Gerónimos, los Basilio, los Gregorios de Nazianzo y de Nicea.

No hay otro consuelo que elogiar una alma, que mientras duraron los dias de serenidad, supo tomar medidas contra las sorpresas de la tempestad: zelosa del bien, amante de la verdad, afable en su trato, humilde en su conversacion, fiel á su profesion y á las funciones de su Sacerdocio, justa en el Gobierno de la nacion que se confió á su direccion, y que caminó siempre con rectitud por senderos de hermosura y de justicia, de prudencia y de paz. Ved como en resumen las virtudes del M. R. Ramirez, y las que han de ser materia de su elogio. Sus caminos fueron hermosos, porque fué un Religioso piadoso que llenó con edificacion y esplendor las obligaciones de su estado. Sus sendas fueron pacíficas, porque desempeñó con sabiduría y prudencia los ministerios á que le destinó la Religion. Dos puntos á que precisamente convido vuestra atencion: empecemos.

PUNTO PRIMERO.

Solo el que escudriña con lámparas encendidas á Jerusalem, puede dar irrefragable testimonio de nuestras justificaciones, y ya me guardaré yo de usurpar el juicio privativo del canal por donde se comunica la verdad, atribuyendo al respetable Religioso, á quien honramos, virtudes en grado tan heroyco, que le quiera poner canonizable; no obstante, la religion me permite descorrer el velo á los hechos edificantes que se apoyan sobre una fé humana, escrupulosa, prudente, verídica, y que es parto de la caridad que permite decir, segun la teología de San Pablo (a), quanto nos es motivo de edificacion. Os propondré lo que hemos visto, oido y tocado con nuestras manos; no como quien alaba, sino como quien depone; no como quien hace un elogio, sino como quien lo presenta á juicio. Sobre la fé debida á los sentidos voy á hablar de un hombre consagrado á la vida monástica, y unido con la unión santa: la integridad de sus costumbres en desempeño de las obligaciones del claustró, y la aplicacion á las funciones del Sacerdocio, me conducen naturalmente á pensar que sus caminos fueron de justicia y de esplendor, y me facilitan manifestaros ya lo que os tengo prometido.

Desde luego, yo me persuado que el R. Ramirez fué uno de aquellos sugetos en quienes Dios hace brillar aquel reflexo de su rostro, que es señal de sus complacencias, y que le tocó en suerte una de aquellas almas, que separadas de los sarmientos secos, se conserva verde, fresca y hermosa en el hacecillo de los vivientes: *Anima custodita*

(2) 1. ad Corinth. c. 13. v. 4.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ 355
in fasciculo viventium. Dios le queria para sí, y antes que el mundo seductor sofocase el germen de bendicion, le escondió en su tabernáculo. El Reyno de Aragon que le dió patria como á hombre, le franqueó sus claustros como á Religioso, donde se ofreció á sí mismo como hostia viva, santa y del todo agradable, y donde debemos creer sin temor de errar, que llenó los deberes de su sacrificio, y que aquella soledad, Raquel amada de su corazon, admiró un hijo zeloso de la estrecha observancia del Serafin de Asis: el fervor del espíritu es fiel compañero de los primeros ensayos de la vida religiosa; pero la península solo poseyó este tesoro como el tabernáculo que se levanta para una sola noche conforme al emblema de Isaías. Dios le destina á las Indias, y él responde á su vocacion con la generosidad que Samuél: *Ecce ego.* ¿Con qué justicia no pudo entonces quejarse de nuestra fortuna su nacion, su patria, su providencia? De un solo golpe vió separarse de su seno al Religioso, y abstraído Escanilla, al literato Jurado, al sabio, al político Parras, al apostólico Matut, al Religioso, al sabio, al político, al zeloso Ramirez, vaso de utilidad, en que pone su gloria la casa que le ha poseído: *Vas utile in domo, in quo gloriabitur, qui possidet illud.* Pero vos Señor, que jamas habeis pensado sobre la provincia del Paraguay pensamientos de afliccion, vos los dispusisteis así: y esta provincia necesitaba de un hombre como su Paternidad, amante de su profesion, observante de su instituto, y zeloso de la disciplina regular.

El amor á su profesion fué el apoyo, el consuelo, la guia de sus operaciones. ¿Quién vió jamas al R. Ramirez fastidiarse de su estado en las circunstancias mas críticas? ¿Quién le advirtió volver los ojos al Egipto de donde habia salido? ¿Permitió

alguna vez en su presencia envilecer su instituto, ó censurar la conducta de los Prelados? Pene- trado de los sentimientos de David, aborrecia con ódio santo aquellas almas inconstantes que litiga- ban para sacudir el yugo de su profesion. ¿Puede haber, decia, honra mas grande que ser Religio- so? Siempre miró el Monasterio como aquella ciu- dad que apareció á San Juan (a) en uno de sus éx- tasis. Ciudad santa, celestial, llena de luz divina, habitacion de los escogidos, de los Angeles, del mis- mo Dios, su tabernáculo, su templo. Este es el plan que formó de la Religion en esta casa de Cór- dova, en la apertura de una de las visitas que se confiaron á su vigilancia. Expresiones de fuego que manifiestan el incendio de amor á la Religion que animaba su pecho. Su vocacion fué para él uno de los mayores beneficios con que Dios le habia fa- vorecido, y se alegraba sobremanera quando reflexionaba lo temprano que le habia traído á la Or- den: sabia el gran bien que es para el alma llevar este yugo desde la juventud: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua* (b).

Y he aqui que sobre este exe hace rodar la má- quina de la observancia de su instituto: *Scientibus legem loquor*. Vosotros sabeis en qué consiste el ins- tituto regular, y que su decoro se cimenta en cier- to orden y modo de vivir que prescribe medios para huir del mal y obrar el bien, segun la regla del Após- tol: *Odientes malum, et adherentes bono*. A mí toca señalaros los vestigios que ha dexado de su cum- plimiento el R. Ramirez. Si el instituto regular po- ne entredicho con el siglo, y esconde al Religioso como la paloma en las aberturas de la piedra, para salvarle del contagio: *Odientes malum*; vosotros ve-

(a) Apoc. cap. 21. (b) Thren. cap. 3. v. 27.

reis á este Religioso olvidar, á exemplo de Abra- ham, su pueblo y la casa de sus padres, de modo, que no queria hablar ni que le hablasen de ellos. ¿Es creible que un Religioso hábil para los nego- cios, y á quien deseaban complacer los Prelados, no hubiese hallado coyuntura para volver á Espa- ña? Pero él habia resuelto con el Apóstol, no vol- ver á su tierra en tiempo de su vida. ¿Y el que hizo empeño de romper con la carne y la sangre, se dexaria arrebatar de los empeños del mundo? Na- die podrá decirme que le ha visto enredado en los lazos que extiende el demonio en las llanuras de Samaria. Trataba con los seculares, salia del claus- tro, es verdad; pero tambien el solitario Antonio se dexó ver en las plazas de Alexandria: ni el es- píritu de la Religion cierra la puerta al Religioso, quando es necesaria su presencia para consolar al triste, enxugar las lágrimas de la viuda, mediar por el delinquente, tratar de los intereses de su Orden, atraer á él los poderosos, y aun consultar sobre algun punto interesante. Esto es lo que arranca de su cel- da al R. Ramirez; porque era enemigo declarado del mal: *Odientes malum*.

Si el instituto regular prescribe la subordina- cion á la voluntad agena para poner á cubierto de los estragos del amor propio: *Odientes malum*; ve- reis en su Paternidad aquella obediencia espiritua- lísima, por servirme de la ponderacion de San Bue- naventura. Obediencia perfecta, por la qual la pro- pia voluntad se halla como transformada en la de Dios. Siempre obró el R. Ramirez lo que Dios queria, y manifestaba por medio del Superior. Obediencia universal que todo lo abraza. Por la obediencia exer- citó los diversos cargos de Lector, Guardian, Vi- sitador, Provincial, y con igual prontitud de ánimo le llevaba á auxiliar los moribundos, aun en noches

lluviosas: á decir Misa en qualquier hora del dia: á ser morador de los Conventos mas distantes, sin valerse del favor ó del empeño para frustrar la obediencia. Obediencia perpetua que se extiende á todos tiempos. ¿Fué menos sumiso en su ancianidad venerable que en la juventud? ¿Se ensordeció alguna vez á la campana? ¿Reusó los officios que le tocaban de tabla? ¿Ahl Oprimido de los años y cargado de graduaciones parece que adivina lo que desean aun los Prelados inferiores. Su obediencia ciega no llamaba á escrutinio el mandato. Si le destinan al Paraguay para que instruya la juventud ó gobierne á sus hermanos, allá va sin alegar la distancia de leguas que se cuentan por cientos, ni advertir las dificultades del camino y rios que ha de vadear, fieras de que se ha de precaver, el aguijon del mosquito que no podrá evitar. ¿Se le manda que tribute los primeros respetos á un Prelado que atraviesa los Andes para visitar nuestros Conventos? Ya está en la Provincia de Cuyo sin que le detengan las travesías, los arenales secos, los infieles del Sur, asoladores de los campos. ¿Lo diré? Su obediencia era como una sagrada semilla que se difundió en todo el cuerpo de su vida religiosa para formarla, consagrarla, señalarla con la marca de aquella sólida piedad que huye del mal: *Odientes malum.*

Si es propio del instituto religioso aquel desprendimiento que desempeña de las perfidias y agitaciones de que está lleno el mundo, ¿quién mas libre de este contagio que el Reverendo Ramirez? ¿Quién fué mas pobre y mas desprendido? Verdadero hijo de mi Padre San Francisco, contento con el sustento de Comunidad, vestido de lana el interior, los pies descalzos en la edad de setenta y ocho años: el ajuar de su celda no excedia al que preparó para Eliseo la prudente Sunamitis: jamas guarda para

lo porvenir. Siempre será memorable el exemplo que dió en su primera visita poniendo en manos del Prelado electo cien pesos que habia economizado del escaso viático con que auxilia la Provincia á los Visitadores. ¡Un Prelado que viajó á Córdoba, Santa Fé, Rincon de San Pedro, con Secretario, compañero y sirvientes: que sostuvo por ocho meses los obsequios forzosos para cumplimentar á los seculares, y la indispensable correspondencia con súbditos y Prelados, y gastar tan poco! Esta es prueba del pobre trato que se daba. ¡Qué mucho! Si llega á carecer algunas ocasiones del desayuno ordinario en estos paises, es necesario que sus amigos indaguen con cautela lo que necesita; porque su Paternidad no abrirá los labios: ó que el compañero con prudente economia oculte lo que ha de necesitar, á fin de que no lo dé á los Religiosos jóvenes y legos; ó que tomándose la libertad de tutor de su pobreza le reconvenga humildemente: solo entonces se le vé enfadado; ¿y para qué quiero, le dice con su genial language, y para qué quiero? Expresion breve, pero digna del espíritu del Apóstol, que protesta no querer tener mas que lo muy preciso para cubrir las carnes, y para sustento del dia: *præter victum, et vestitum his contenti sumus.*

El que abrazó con tanta escrupulosidad los reglamentos de la religion para poner barrera al mal, ¿con qué cuidado no practica los que llevan favorablemente á obrar el bien? *Adherentes bono:* indefectible en la oracion de Comunidad, aun quando la intemperie acobarda á los mas robustos: allí recoge el maná celestial, y abre la boca para atraer á sí el espíritu del Señor. ¡Con qué devocion y constancia paga el tributo de los divinos officios! Cuatro horas antes de morir esfuerza su voz agonizante, y reza el *magnificat* en conmutacion de las comple-

tas de aquel día. ¡Qué lecciones tan útiles en las que emplea el tiempo! Solo usa de aquellas saludables instrucciones que edifican, y son alimento sólido para el espíritu. ¡Qué rigidez en los ayunos de la Iglesia y de la Orden! ¡Qué sufrimiento en las enfermedades y circunstancias espinosas de su prelación! ¡Qué visitas de altares, qué votos tan ardientes, qué sentimientos tan vivos hácia Dios! A vos solo, gran Dios, son revelados estos misterios; pero nosotros bastante columbramos las disposiciones de su corazón por el zelo que mostró de la disciplina regular.

¿Quién no lo advirtió en las Prelacias del R. Ramirez? Tenacísimo observador de las constituciones y leyes regulares. Estas son, decía, el antemural, que no permite entrar al claustro la bestia feroz del pecado mortal, ni las pequeñas raposas de las leves inobservancias. Siempre tuvo extendido el plomo de la regla, de la constitucion y de la costumbre. *Perpendicularum extendetur super Jerusalem* (a), y á la severidad de este hilo acomodaba las piedras del edificio que dirigia; de modo, que sacaba las obras tan perfectas, que el ojo maestro de los mas peritos arquitectos no advertia distincion entre la copia y el original. ¡Qué asistencia á los actos de Comunidad mas ordinarios! ¿Quándo dispensó la oracion de la mañana y de la noche? ¿Las conferencias morales y místicas? ¿El ejercicio penoso de la via crucis, ni la Misa seca? Y esto en el Convento de Buenos Ayres, donde una ocupacion sucede á otra, y fuera de las fatigas ordinarias ocupan á la Comunidad entierros, responsos, laudates, Misas cantadas sin peso ni medida: ¿qué importa? El R. Ramirez no interpreta la ley: *Perpendicularum extendetur*

(a) Zac. cap. i. v. 16.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ. 361
super Jerusalem. ¿Con qué respeto se paga en su tiempo el divino Oficio? Todo se canta. ¿Y á qué hora? A la que prescribe la Iglesia: los maytines á media noche; y no debe omitirse que alternando la Comunidad, el R. Ramirez se levanta todas las noches á confesar á Dios con los sentimientos de un Rey penitente. Así debe ser dice: *Perpendicularum extendetur super Jerusalem.* ¿Quánto no promueve que se tengan dos veces en el trienio los ejercicios del Padre San Ignacio? ¿Con qué teson vela para que sus súbditos se conformen con la mesa comun? ¿Y sobre el estudio y silencio? Cierra las puertas á las Ave Marías, y no franquea la llave sino quando solicitan Confesor. ¿Qué importa que murmuren? Así debe ser: *Perpendicularum extendetur super Jerusalem.* ¿Y es creible tanta atencion á la disciplina del claustro en un hombre ocupado en cien obras diferentes? ¿Quándo estuvo en inaccion su Paternidad? La recoleccion y observancia del Paraguay conservan las obras de su fatiga. ¿Y Buenos Ayres? ¡O amada patria mia! te pondrás una señal de ignominia si escribes en el polvo lo que debes al R. Ramirez. El dia mismo que toma posesion de la Guardianía, levanta andamiós para revocar las paredes del Convento informes y asquerosas. Fomenta la obra, hace materiales de ladrillo y cal, sigue la obra del Convento, levanta celdas, repara oficinas; ¿pero en qué no trabajó? Y en medio de estos afanes no dexa de la mano el plomo de la regularidad: con una mano aplica los materiales, y con la otra maneja la espada de su zelo. Todo lo vé, y lo dirige, no huye su vigilancia de la execucion, pero sin faltar á las distribuciones del claustro. Toma á su cargo el ejercicio de María, y atiende á las solicitudes de Marta. Lllaman á trabajo, allá vá Ramirez á señalar las ocupaciones de los peones; pero

SERMON XVI.
 tocan al coro: *Unum est necessarium*, ya está en la presencia del Altísimo: piden los artifices materiales; allá vá Ramirez á dar las providencias; pero tocan á disciplina, refectorio: *Unum est necessarium*, ya está allí su Paternidad, vuela á los trabajos, dispone, arbitra, vuelve al Convento; y sin entrar en su celda: *Unum est necessarium*, si tocan á ejercicios, parece que para cada cosa tenia una alma distinta, ó para usar de la valiente metáfora de Job (a), que su carne era de bronce, y su fortaleza la de las piedras: ¿os sorprendeis? Pues solo he hablado de su desempeño en las obligaciones del claustro: ¿qué no tengo que decir de su aplicacion á las funciones del Sacerdocio?

Dios derramó sobre su cabeza la uncion santa para honor de la Tribu de Levi, y él llenó los ministerios que son propios de los ungidos del Señor: ofreció dignamente la oblacion del Sacrificio, procuró la salud de sus hermanos, y miró por el decoro de la casa de Dios.

¿Ofreció acaso un fuego profano en el mismo altar en donde arde el sagrado fuego? Tiembla al meditar que con una alma impura puede poner sobre las aras el pan de los fuertes, y el vino que engendra vírgenes. Al destello de esta luz, ¿con qué honor no poseyó el vaso de su cuerpo por hablar con el Apóstol? ¡Que fé tan viva, qué confesion tan dolorosa la que precede al sacrificio! Sin duda fueron sus sacrificios abrasados con fuego celestial como los de Aaron: *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie*. ¿Todos los dias? ¿Vaticinó el autor del Eclesiástico los Sacrificios del R. Ramirez, ó mi desgracia me puso en la lengua estas palabras para renovar nuestra herida? La constancia en celebrar

(a) Job, cap. 6. v. 12.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ. 363
 todos los dias, no obstante los achaques y carga de la edad, nos le arrebató al supulcro. El segundo de Noviembre de 1801, dia que la Iglesia consagra á la piadosa memoria de los difuntos, dice su Paternidad las tres Misas, y sin duda la fatiga, ó qué se yo que lo postra con las manos teñidas en la sangre de la víctima. Accidente precursor de su entrada á la casa de Dios, donde se uniria su alma con otras que le habia ganado como buen Sacerdote.
 ¿Qué no diria de su zelo caritativo en procurar la salud de sus próximos? El estaba vendido á todas las necesidades del espíritu. Yo hablo ahora de su desempeño en el confesonario. ¡Oh, y si hubierais visto la numerosa turba de almas, que en busca de sus consejos rodean su confesonario: otras que admiran su prudencia, su luz, su magisterio para proponer á cada uno lo que convenia á su estado y condicion: otras que confiesan su aprovechamiento y los aciertos de su enseñanza! Diriais que el R. Ramirez era una de aquellas estrellas que saca Dios de entre sus manos para nuestra utilidad: *Sidera emissa ad utilitates*: una de aquellas saetas de salud que no dan golpe en falso: una de aquellas llaves maestras que conservan las conciencias libres de los asaltos del demonio. ¡O tú, María Teresa de San Josef! Interrumpe el silencio de esa Tebayda en que te has escondido: muéstranos la copa en que has recogido las lágrimas que te ha hecho verter la falta de direccion de tu Padre Ramirez. Ella dirá que á su magisterio debe el contarse entre las hijas de la gran Teresa de Jesus, en el Convento de Descalzas de Córdoba. Diré que su llaga es incurable porque le faltó su luz, su báculo, su columna, su Moysés. Dirá.....
 ¿Y qué teson observa en este punto? Se desayuna en la Sacristia, y pasa la mañana entera reconci-

364 SERMON XVI.
liando con Dios á los pecadores. Dan las doce, da la una en los dias de concurso, y es preciso que el compañero le saque, como arrastrando de la silla, para que tome el alimento de la Orden con la insipidez de frio y fuera de hora. Unas tardes vuela á Santa Catalina á confesar las Religiosas, sin que le contenga el frio, el calor, el lodo, ni la distancia de once guabras: otras se emplea en el mismo ministerio en el Monasterio de Capuchinas. El R. Ramirez lleva el peso del dia en el confesonario, y muere como buen soldado en el cumplimiento de esta obligacion. ¿Dónde le asalta la última enfermedad? En la Iglesia cae desmayado dirigiéndose al confesonario. Así levantó su Paternidad aquel duplicado edificio que atribuye la Escritura á Simon, hijo de Onías. Edificio interior en los espíritus que dirigia: edificio exterior en el decoro material que añadió á la casa de Dios.

¿A quién debe la última mano el magestuoso templo de nuestra Iglesia de Buenos Ayres? Al R. Ramirez. Se propone dorar y reformar la talla del retablo principal, y concluye la obra. ¿Y en qué circunstancias? Quando el Sindico se halla sin dinero; pero él se arroja al seno de la Providencia. Y en efecto llueven las limosnas, se gastan quince mil pesos, y sobra plata. Su zelo hace milagros. Idea marcar los sepulcros: pide al Excelentísimo Zevallos, que acaba de desembarcarse cargado de los despojos de Brasil, las maderas que se habian conducido de la Colonia del Sacramento, ya está hecho: su zelo es atrevido. Enlusa la Iglesia, provee la Sacristia de lino y seda: renueva los escaños, añade nuevos rasgos de magestad al coro con sillaría de bizarra idea: su zelo no dice basta.

Un Sacerdote de la antigua alianza hizo tales reparos en el templo, y sus alabanzas fueron el asun-

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ. 365
to de las conversaciones: *Sufulsit domum* (a), y no lo será el R. Ramirez? Proferid la sentencia, yo le estoy ligado con los vínculos de la gratitud y del amor. Pero ni estos me han conducido á pintar con colores supuestos su grande alma. He temido, que reanimando sus heladas cenizas, me dixera con semblante severo: ¿para qué turbas mi reposo con baxas adulaciones que siempre aborreci? Quanto he dicho puedo firmarlo con la Religion del juramento, y repito que sus caminos fueron hermosos, porque llenó con edificacion y esplendor las obligaciones de su estado. Adelanto ahora que sus sendas fueron pacíficas, porque desempeñó con sabiduría y prudencia los ministerios á que le destinó la Religion; y es la materia del

SEGUNDO PUNTO.

No esperéis que os presente al R. Ramirez en aquellas negociaciones que sacando al Religioso como fuera del claustro, le empeñan en las inquietudes del siglo: ni en aquellos penosos artificios en los que vemos á las centinelas de Jerusalem casi no velar mas que en la defensa de Jericó. La historia del R. Ramirez está cubierta con aquella triste mortaja: sus cargos se encierran en las obligaciones de su Orden; y para saber lo que hizo, basta saber lo que debió hacer: saldré pues de Egipto para tributar los supremos honores á este Jacob; pero no vendrán como en otro tiempo las pompas de Faraon hasta una tierra santa á honrar la memoria de un Prelado que conservó la paz mientras vivió, y supo gobernarse en paz en la hora de la muerte. La paz que procuró á la Provincia, y las última-

(a) Eccl. cap. 50. v. 2.